

Ligero y alegre al principio el canto de Luisa, se hizo repentinamente triste. Hubiera podido creerse que participaba de las agonías de Armando, y que quería expresarlas en su canción. Después sus acentos se hicieron menos perceptibles, y su voz se extinguió.

El señor de Clairvaux se disponía á salir, cuando Leona apareció repentinamente.

XIII.

Lucía Aubré, escondida desde hacía una hora en el próximo gabinete, sufriendo todas las emociones que aquella escena debía producirla, había pensado que ya no tenía ningún miramiento que guardar, y que podía sin imprudencia hacer el último esfuerzo por salvar á su hija.

Entonces levantó las colgaduras detrás de las que se ocultaba, y se lanzó al salón donde estaban Armando, su padre y el señor Dubreuil.

—¡Pero mi Luisa morirá! (exclamó con voz desgarradora.) ¡Por favor, deteneos, señores: escuchadme!... ¿Tenéis derecho para doblegaros así á las conveniencias sociales cuando se trata de la felicidad..., de la vida de una criatura de Dios?... La pobre niña ama con toda la fuerza de su primer amor, con un corazón ardiente y

joven.... Si la abandonan, si la olvidan, ¿qué será de ella?... No tiene familia á quien confiar sus penas, ni nadie que la consuele, y tendrá que concentrar su dolor en ella sola, sufriendo doblemente.... No volverá á cantar como hace un momento, ni alegrará la casa en que todo se rejuvenece con su presencia.... Veréis palidecer su frente, desaparecer las rosadas tintas de su semblante y disminuir sus fuerzas.... ¡y morirá del mal que vosotros la habéis causado!

El señor de Clairvaux, sorprendido al principio por aquella salida inesperada, se había repuesto. Comprendía que estaba en presencia de aquella Leona que no quería admitir en su familia, y dos sentimientos muy distintos le asaltaban á la vez: el descontento que le causaba una escena que creía injustamente preparada de antemano, y la emoción que sentía á la vista de aquella madre que defendía á su hija con tanta pasión.

Pero cuando oyó que Lucía Aubré se dirigía á su hijo, y le decía: «¿Dejaréis morir á la que amáis? ¿Tendréis valor para desgarrar ese corazón, ese corazón en que habéis hecho nacer los primeros sentimientos de amor?»; el señor de Clairvaux temió que aquella elocuencia llegase á convencer á su hijo, ó á arrancarle una palabra imprudente, y creyó deber intervenir.

—Señora (dijo): no podéis cambiar las opiniones, las creencias y los fallos de la sociedad.

Pertenecemos al mundo, y obedecemos sus leyes sin discutir las, no sintiéndonos bastante fuertes para poderlas combatir. He dicho á mi hijo que ese matrimonio era imposible, y él comprende esta imposibilidad tan bien como yo. Permitid que nos retiremos, para evitarnos el espectáculo de un dolor que nos aflige profundamente, pero que no podemos evitar.

—Por favor, señora (dijo á su vez el señor Dubreuil): no insistáis. Es imposible decidir en un instante una cuestión tan grave, y es muy penoso para mí pensar que estos señores me creen quizás cómplice de esta escena.

Leona no escuchaba. Sentía con aquel instinto maternal, tan desarrollado en ella, que una vez que Armando saliera de la casa, aconsejado por su padre, renunciaría á Luisa; y al pensarlo, quería detenerle á todo trance; pero la pobre mujer carecía de la serenidad necesaria para defender una causa tan difícil. Sus ideas se confundían, y le faltaban expresiones. Comprendía con terror que no decía lo que hubiera querido decir. Sin embargo, ansiaba convencerlos, y no pensaba la infeliz que en su posición sólo la estaba permitido un papel suplicante, y era peligroso acusar; por eso aturdidamente dijo á Armando:

—Caballero: ¿no os acordáis ya de la promesa que me hicisteis la noche que os encontré con

mi hija en el pabellón? ¿No la debéis una reparación pública?

Y sin notar el asombro que estas palabras causaban al señor Dubreuil, Lucía Aubré continuó, dirigiéndose al señor de Clairvaux:

—Caballero, vuestro hijo ha contraído una deuda de honor con mi Luisa. Dejadle pagársela.

—Señora (respondió, ya de mal modo, el padre de Armando); no insistáis más sobre ese punto. He reprochado severamente á mi hijo esa acción culpable, que él mismo me confesó; pero podría muy bien no encontrarla tan censurable desde que....

Y se detuvo. Lucía Aubré había comprendido.

—¡Cómo! (exclamó.) Después de haber condenado á la madre, ¿acusáis á la inocente hija?

—Señora (exclamó el padre de Armando, animándose poco á poco); también yo tengo un hijo querido, y también tengo derecho á quejarme.... Le han dejado enamorarse locamente de una joven con quien no podía casarse.... Fascinado por la claridad del fuego, se ha aproximado á él sin tener conciencia del peligro que corría, hasta hoy, que le han advertido que se estaba quemando.

—¿Olvidáis que Luisa ha participado de esos mismos peligros, y que pueden ser mortales para ella?

—Vuestra hija, señora, escucha tal vez con

demasiada facilidad las palabras de amor, y consiente con mucha ligereza en asistir á las citas que le da un joven.

—¡Oh, padre mío! (dijo Armando.) ¡Qué mal hacéis al hablar así!

—Dejadle hablar, caballero (dijo Léona, con heroica resignación). Me estaba reservado este último castigo, y tengo que sufrirle hasta donde mis fuerzas alcancen.

Y pronunció estas palabras con una expresión tan conmovedora, que el señor de Clairvaux sintió con toda su alma las que él había dejado escapar, y balbuceó para disculparse:

—Habéis comprendido mal, señora.... No he querido....

Leona no le dejó acabar.

—Soy culpable (dijo humildemente), y no debo, no puedo exigir, cuando sólo el ruego me está permitido.... He defendido mal los intereses de mi hija.... No os marchéis todavía, por Dios.... Aún no lo he dicho todo. Esperad un instante, y yo encontraré algo que pueda conmoveos y que me haga menos infeliz.... Os detenéis; gracias, gracias, señores.... Pero mis ideas se confunden....; quiero buscar, y mi cabeza se pierde.... Si os he hablado ya de que es posible la muerte de mi hija...., ¿qué más puedo deciros?

—¡Pobre mujer!—murmuró el señor de Clairvaux.

—¡ Ah! He oído decir «¡ pobre mujer!» (exclamó Leona.) ¿Me compadecéis?... Pues tener piedad de mí, es tenerla de mi hija.... ¡Oh! Reflexionad un momento.... ¿Es culpa suya que yo no haya sido buena cuando ella no había nacido aún?... Porque desde que mi Luisa vino al mundo, os lo juro, he sido lo más honrada que he podido.... No ha consistido en mí que el nombre de Leona no haya podido olvidarse. ¡Si supierais cuánto le he despreciado desde que fui madre!.... ¿Por qué me llaman así y se acuerdan de mi pasado?... En cuanto á mi hija, me separé de ella muy niña para no mancharla con mi contacto, y jamás podréis comprender lo que esto me ha hecho sufrir. Se la confié á un hombre honrado, y ha hecho de ella un ángel, ¿no es verdad?

Sus ojos estaban secos y brillantes; todo su cuerpo temblaba, y levantaba hacia los señores de Clairvaux las manos juntas, en actitud suplicante.

—Os he hablado de que podía morir mi Luisa (continuó dirigiéndose al padre); pero también vuestro hijo puede morir...., porque la ama....: él mismo me lo ha dicho muchas veces.... Tened cuidado; su salud es muy débil, y las grandes emociones tienen á veces resultados funestos.... ¡Ah, señor de Clairvaux; cómo sufriríais si vuestro hijo único llegase á morir!....

Y se detuvo para tomar aliento.

—¡ Ah!.... Me había olvidado de deciros una cosa importante.... ¿Dónde tengo la cabeza?... Teméis tal vez que si vuestro hijo se casa con mi hija, yo recobre mis derechos de madre, y me presente en vuestra habitación para ver á mi Luisa y para abrazarla.... No temáis; no tendréis que avergonzaros de mí; seguiré siendo una extraña.... Quien ha sufrido el tormento de no abrazarla durante diez años, tendrá valor para seguir sufriendo en adelante.... Sé dominar mis deseos y cumplir mis compromisos. .. ¿Estáis ya decididos? ¿He logrado enterneceros?... ¡Nada!.... No decís nada.... Pero responded, señores, por compasión.... ¡Cuánto sufro! ¡Me ahogo!.... ¡Guardáis silencio!.... ¡Qué crueldad!

Y como no podía hablar más, y temía que se marcharan, se dirigió hacia la puerta del salón, y se puso delante de ella con los brazos extendidos para impedirles salir.

Entonces apercibió á Luisa en el jardín, pues extrañando la joven que no la llamasen como esperaba, y no sabiendo qué sentido dar á las confusas exclamaciones que habían llegado hasta ella, había salido de su cuarto y atravesado la alameda situada enfrente del salón, esperando entrever por la puerta vidriera á los visitantes de su padre.

Más exaltada aún Leona al mirar á su hija,

quiso hacer una nueva tentativa para conmovier á sus jueces.

Antes que hubieran podido adivinar sus proyectos, se lanzó al jardín, corrió hacia donde estaba Luisa, y cogiéndola de la mano, la arrastró hacia el salón.

—Puesto que no me hacéis caso, dejaos enter-
necer por esta niña... Miradla: ¿es menos ange-
lical, es menos hermosa porque yo sea su madre?

Y estrechando entre sus brazos á la joven,
que, confusa y aturdida, no sabía qué hacer,
añadió con voz ronca :

—¡Sí, soy su madre!... Por fin puedo pro-
clamarlo en voz alta.... Esta frente tan pura,
esta preciosa boca, estos ojos inocentes, son
míos....; todo, todo me pertenece.... ¡Es mi bien,
mi gloria, mi vida!

Y dirigiéndose á Luisa, la dijo con aquella
especie de locura :

—Habla tú ahora.... Di á Armando: «Juro
amaros tanto y haceros tan dichoso, que olvida-
réis de quién soy hija.» Di á su padre: «Tendré
para vos tantos cuidados y tantas consideracio-
nes, os rodearé de tanta ternura y respeto, que
nunca podréis arrepentiros de haberme introdu-
cido en vuestra familia.» ¡Pero díselo, Luisa mía;
díselo tú, para que se convenzan! ¡Mira que es
tu felicidad lo que pido, y que mi voz no hace
mella en sus corazones!

Leona se detuvo para contemplarla.

—¡Qué! ¿Permaneces silenciosa? (exclamó.)
¿No quieres seguir mis consejos, ni mirarme?...
¿Piensas en otra cosa? ¡En él sin duda, ¡ingratal
¡Acabas de encontrar á tu madre; te está estre-
chando en sus brazos, y la olvidas!

Después gruesas lágrimas se deslizaban una
á una de sus ojos, y murmuraba frases incohe-
rentes y sin sentido, que se dirigían tan pronto
á Luisa como á los otros testigos de esta escena.

—Hija de mi alma (decía con voz dulce y su-
plicante). Quiéreme un poco. ¡Si vieras cuánto
te quiero yo! Eres mi único cariño en la tierra;
eres mi vida entera. Desde tu nacimiento, sólo
vivo por ti y para ti. He pasado noches enteras
á la cabecera de tu camita cuando en tu niñez
has estado enferma.... Te he llevado en mis bra-
zos, te he mecido, te he adorado...., y más tarde
me he condenado al destierro para tu felicidad y
tu porvenir.... He vivido devorada de inquietu-
des, y los insomnios, la fiebre y el pesar, han
minado mi existencia.... Señores, yo he sido
hermosa en otro tiempo, tan hermosa, que la
gente se paraba para verme pasar. Cuando en-
traba en un baile, hacían círculo á mi alrede-
dor.... Hoy no soy ni la sombra de lo que fui....
Tenía la salud mejor del mundo, y estaba fresca
y sonrosada como esta santa y adorada niña....
Miradme: ahora estoy pálida, no puedo dormir,

y sufro palpitaciones de corazón que me matan... Es el pesar, los temores continuos, mi amor por ti, Luisa mía, que me consume... Señores, una palabra, una sola palabra, y caeré á vuestros pies y os bendeciré eternamente.

Y se echó á reír á través de sus lágrimas.

—¡En verdad que estoy loca! ¿Por qué rogar así? ¿Qué es lo que pido?... Ya no me acuerdo... ¡Ah! Sí, un marido para mi hija... ¿Y para qué?... Para protegerla... ¿Protegerla?... ¿Pues no estoy yo á su lado? ¿Dónde habrá mejor protector que yo para hacer que la respeten y sea dichosa?... Señores, podéis marcharos... Ya no nos hacéis falta... ¿Qué más te da esta casa que otra cualquiera, Luisa mía? Iremos á vivir á otra parte..., te llevaré donde tú quieras. Tendrás magníficos muebles, una alcoba blanca como la nieve, y un piano..., un piano como tú le escojas... Podrás cantar todo el día. No será tu madre la que te mande callar, te lo aseguro; al contrario, haré el silencio á tu alrededor para poder escucharte con afán. Tendrás un jardín con flores y pájaros... ¿Quieres? Viviremos juntas; no nos separaremos jamás. Serás mucho más feliz que aquí... No quieras á esos, que son malos... Me queda poco tiempo de vida, y pronto serás libre; pero, entretanto, ten piedad de tu madre. ¡Hija mía, hija querida; ten piedad de mí!

Imposible sería dar una idea exacta de su

acento, de su mirada, de sus gestos y de sus ahogados gritos. Torcía y retorcía sus manos, y bebía sus lágrimas al hablar. Sus fuerzas se habían concluído, y su voz iba apagándose poco á poco. Sin embargo, aún repitió algunas veces á largos intervalos y como maquinalmente:

—¡Hija mía, ten piedad de mí!

Después cayó postrada sobre una butaca, y dejó de oírse.

Luisa, pálida y temblorosa, no se atrevía á levantar los ojos del suelo. Aquella pasión que se manifestaba por transportes de locura, aquella escena tan inesperada y aun incomprensible para ella, le espantaba en lugar de enternecerla. Al querer hacer amar, Leona se había hecho temer.

Un solo pensamiento se presentaba distintamente á Luisa: al encontrar á su madre había perdido á su prometido.

De pronto la desgraciada Lucía Áubré hizo un movimiento, se incorporó á medias, y mirando á su hija, la gritó:

—¡Tu mano! ¡Dame tu mano!

Después volvió á caer, desfallecida y con las fuerzas agotadas.

Luisa se hincó de rodillas á su lado, y la tendió la mano.

La pobre madre la llevó á sus labios, y quedó abismada en aquel beso, no dando ningún otro signo de vida.

XIV.

Lucía Aubré, á quien el señor Dubreuil había llevado á su casa casi moribunda, se levantó de la cama, pero no salió de su alcoba, al día siguiente.

Aun cuando todavía estaban en verano, mandó encender un gran fuego en la chimenea, donde, helada por la fiebre, trataba inútilmente de calentarse.

Nunca se había sentido tan enferma de cuerpo y de alma : había visto desvanecerse en un solo día los sueños tanto tiempo acariciados, y despreciaba ahora la existencia, atreviéndose á concebir seriamente ideas de suicidio, que otras veces había desechado, considerándolas como quimeras en las cuales no se debía pensar.

Hacia las cinco de la tarde, su doncella la

presentó una tarjeta satinada, en la cual se leía el nombre del conde Orchamps, y estas palabras escritas con lápiz: «Servíos recibirme: se trata de los habitantes de *Ville-d'Avray*.»

Tan abatida estaba Leona, que estas líneas, que días antes la hubieran hecho estremecer, ni siquiera la impresionaron.

—Que pase,—dijo con naturalidad.

—Vengo á hablaros (dijo el Conde, después que se hubo sentado frente á ella) de cosas graves, y que os tocan muy de cerca. No andaré con rodeos.... Entre mis cualidades, poseo una tenacidad de carácter que ya habréis podido conocer, y de la que voy á daros una nueva prueba concluyente.... Os he amado mucho....; á mi manera...., convengo en ello. Parece que no debía ser la mejor, puesto que nunca he conseguido agradaros.... Vuestros rigores no han hecho más que aumentar mi amor, y me han impulsado á actos, censurables tal vez, pero que vos perdonaréis, teniendo en cuenta el sentimiento que me ha guiado.... Así es que, por medio de deducciones ingeniosas, he llegado á saber que la señorita Luisa Dubreuil, novia de Armando Clairvaux, era la niña educada secretamente en las cercanías de París. La escena que pasó ayer en *Ville-d'Avray* me ha sido referida en parte por Armando, á quien he sabido conquistar para que me tomase por íntimo confidente.... He visto

que la partida jugada por vos durante tantos años con tan admirable perseverancia, estaba perdida. Entonces me ha ocurrido una idea....; pero creo que no me escucháis.

—Os escucho con la mayor atención, por el contrario (respondió Lucía Aubré); pero estoy enferma, y sin duda por eso os pareceré distraída.

—De vos depende (continuó Orchamps) que vuestras penas se conviertan en alegrías, y que se asegure para siempre el porvenir de vuestra hija, y además, como una consecuencia, el nuestro. El señor de Clairvaux no quiere que Armando se case con la señorita de Dubreuil, porque es una niña de quien se ignora hasta el nombre de su padre, y porque vos, que aseguraréis ser su madre, os llamáis Leona.... ¿Es esto cierto? Pues nada más fácil que cambiar la situación.... Casaos conmigo. Yo reconoceré á Luisa como hija mía, y vos no os llamaréis ya ni Léona ni Lucía Aubré, sino la condesa de Orchamps.... Muchas veces se ven matrimonios parecidos, y nadie extrañaría el nuestro.... El señor de Clairvaux vacilará al principio; pero estad segura de que cederá á las instancias de su hijo.... Encontraréis en la unión que os propongo el medio de que se realicen vuestros más ardientes deseos....; y, en cuanto á mí, me conviene bajo todos conceptos.

Cuando el Conde se despidió de Leona, después de haber expuesto cínicamente todas sus ideas y proyectos, parecía ésta menos abatida.

Una nueva esperanza penetraba en su corazón. Le quedaba todavía un sacrificio que hacer para la felicidad de su hija, y ya no pensaba en la muerte.

XV.

Cuando fueron á decir al señor de Clairvaux que ya no era la hija de Leona la que pretendía casarse con su hijo, sino que Luisa tendría un nombre, y el matrimonio del conde Orchamps y de Lucía Aubré legalizaría, legitimaría su situación: «Podrá ser en la alcaldía, sobre las actas del estado civil (respondió el padre de Armando); pero para la sociedad á que pertenezco, y de la cual dependo, Lucía no será nunca más que la hija de Leona. No tengo derecho para hacerla entrar en mi familia; debo respetar el nombre que llevo, que llevan los míos, y nunca consentiré en el matrimonio que se obstinan en hacerme aceptar».